

PRÓLOGO

Debido a mi interés por la armonía de las esferas, a lo largo de los años he leído mucho en ese rincón inclasificable de la literatura a veces descrita como «metafísica», «esotérica» u «ocultista». En las primeras etapas de mi investigación fui en busca, sobre todo, de alusiones musicales y la comprensión de su contexto. Luego, cuando algunos temas se me impusieron por pura repetición en un texto tras otro, empecé a fijarme cada vez que me topaba con ellos, y el campo de mi investigación se ensanchó considerablemente.

Uno de esos temas recurrentes era el del polo. Me lo encontré, en primer lugar, porque el interés por la armonía de las esferas implica un interés por cuestiones de cosmología, astronomía y, en menor medida, astrología. Además de los temas más obvios directamente relacionados con el sistema musical, como los doce signos del Zodíaco y los siete planetas visibles, me extrañó la mención reiterada de cierto misterio referente a los polos, tanto los de la tierra como los del cielo. Casi todos los escritores importantes tenían algo que decir al respecto.

En cuanto comencé a concentrarme en el tema polar, descubrí que había una escuela de pensamiento que sostenía que los Polos de la Tierra se habían desplazado en el pasado, con consecuencias significativas para todas las criaturas que la habitaban. Asimismo, un grupo de autoridades –en este caso más

ocultistas que científicas— advertía de que los Polos volverían a desplazarse en breve. La investigación de este asunto se convirtió en el punto de partida del presente libro y constituye uno de sus temas principales. La primera parte (capítulos 1 y 2) esboza la situación que supuestamente imperó antes de que se desplazaran los Polos, lo que está muy vinculado a la mitología de una Edad de Oro perdida.

Uno de los supuestos resultados de un Polo «no desplazado», según varias fuentes, era que las regiones hiperbórea o ártica habrían sido aptas para el asentamiento humano. ¿Qué tipo de gente vivía ahí y qué ha sido de ellos? Preguntarme esto me hizo adentrarme en unas aguas que se volvían cada vez más profundas y arriesgadas, y he tratado de reproducir mi experiencia en la exposición de la segunda parte, «Las luces del Norte». Paso a paso, va desde las teorías de la raza ártica, aria o nórdica hasta el punto en que la ciencia respetable desestimó la idea, dejándola para que la recogieran y la usaran como arma política los pseudocientíficos del Tercer Reich.

Se podría pensar que la idea de «raza aria» murió con Hitler en 1945, después de contribuir a las imperdonables crueldades de los nazis contra judíos, eslavos, gitanos y otros individuos «no arios». Pero no sólo ha sobrevivido a la caída del Tercer Reich, sino que ha seguido inspirando por todo el mundo a un grupo de esotéricos que combinan su compromiso con la vía espiritual con una actitud hacia el nazismo que va desde la conformidad al entusiasmo.

El lector descubrirá que estas personas, lejos de ser habitantes semianalfabetos de una marginalidad lunática, son extremadamente inteligentes y cultas y están familiarizadas con la literatura y las técnicas de esoterismo (yoga, meditación, alquimia, etcétera). Sin embargo, comparten, sin excepción, una cierta combinación de temas que se cultivan con avidez en círculos que mis colegas académicos evitarían como la peste. En ellos se incluyen los ovnis, los extraterrestres, la tierra hueca, la supervivencia de Hitler, las bases nazis todavía existentes en regiones polares y los «centros espirituales» llamados Agartha y Shambhala. Tanto el Ártico como el Antártico ocupan un lugar predominante en este batiburrillo mitológico, que analiza la tercera

parte (capítulos 7 a 10). Aquí he procurado por encima de todo separar el sentido común de lo que no lo es, y rastrear el desarrollo de cada línea hasta sus raíces. Puede que el lector coincida conmigo en sospechar que hay «algo» detrás de todo esto. Y puede que él o ella sepa qué es; yo no, pero pienso que ya es hora de colocar un rótulo de advertencia que diga: «Ojo con esto».

La cuarta parte del libro (capítulos 11 a 13) es un intento de llegar a entender todo este material, utilizando cualquier herramienta que proporcionen el estudio de la religión comparada y la práctica esotérica. Creo que hay realidades y verdades que permanecen inviolables, aunque se haya abusado de ellas por motivos egoístas o políticos. El cristianismo es uno de los depositarios de tales verdades, y la historia del cristianismo, un terrible ejemplo de dichos abusos. Pero a mí me parece que ha habido otra corriente espiritual en Occidente, paralela al cristianismo, a la que llamo «tradición polar». Después de mostrar su peor cara durante el nazismo, en el capítulo 13 doy mi visión de ella en su nivel más elevado, ejemplificada por los filósofos místicos de la Persia medieval.

Por último, y de nuevo con un espíritu de «sospecha agnóstica», el libro regresa al tema del desplazamiento polar, su historia, mecanismo y causas. En la quinta parte (capítulos 14 a 18) presento el grueso de las teorías contradictorias, y lo hago respetando los ejemplos de Charles Fort, el coleccionista estadounidense de anomalías, a quien agradaba documentar los hechos que desafían la «realidad consensuada»; y, más recientemente, de Jacques Vallée, el escritor especializado en ovnis que destaca la seriedad del fenómeno mientras desaconseja las conclusiones emocionales y prematuras. Al igual que en mi profesión —la enseñanza a universitarios—, mi intención es preparar al lector para una consideración informada y sin prejuicios de estas ideas.

Me complace dar las gracias a todos aquellos que han encontrado, me han prestado o me han dado libros y artículos que he utilizado para escribir *Arktos*: Christopher Bamford, Deborah Belle Forman, Janet Godwin, Nicholas Goodrick-Clarke, Hans Thomas Hakl, Seán King, Joan Matthews y un amigo de

Iowa. Debo un agradecimiento especial a Arthur Versluis y a mi esposa Janet por sus comentarios sobre el manuscrito, y a David Fideler y Cynthia Weber-Brownell de Phanes Press. También estoy agradecido por la ayuda indispensable de David Hughes del Colgate University Interlibrary Loan Service, y de la Library of Congress, que generosamente me prestó libros de Landig y Serrano cuando todas las demás fuentes fallaron. La mayor parte de la investigación sobre Saint-Yves d'Alveydre, Agartha y Shambhala se llevó a cabo en París y Lyon con ayuda de una subvención del American Council of Learned Societies, una beca del National Endowment for the Humanities y otra del Colgate University Research Council. Una versión más temprana de parte del capítulo 7 apareció en *The Hermetic Journal*.

Dedico este libro a mi hijo Ariel, que ha trabajado a mi lado durante la mayor parte de su elaboración y cuyos estudios astronómicos me han ayudado a entender sobre qué estaba escribiendo.

Joscelyn Godwin